súbito impulso, es que quizás no vale el amo tanto como el perro.

—Vamos, hijo mío, exclamó con calor Cendrin sintiendo renacer en su pecho la esperanza, deje usted hablar al corazón...

Pero Condottier había recobrado ya su anterior impasibilidad, é inclinándose ante el sabio profesor le dijo:

—Hasta la vista, señor Cendrin.

Este último volvió al castillo, con la cabeza y las piernas pesadas, como si hubiese salido de aquella entrevista después de haber reñido descomunal batalla, y halló á Luisa que le aguardaba en el salón, presa de febril impaciencia. Podian hablar con entera libertad, pues Pérignon y su sobrino habian salido á dar un paseo á caballo, y David se encontraba en la fábrica. Sentóse Cendrin en un sillón, permaneciendo largo tiempo silencioso, y Luisa, á pesar de respetar su mutismo, hallábase no obstante asustada y embargada por los más tristes presentimientos al contemplar la grave fisonomía de Cendrin. Al fin volvióse éste hacia ella y dijo con aire abatido:

—He visto á ese hombre y creo que nada bueno podemos esperar de él.

—¡Ah! exclamó Luisa con el corazón oprimido.

—Le he dicho todo cuanto he creído que podría llegar á conmoverle, pero ha permanecido casi insensible á mis razonamientos... Hubo un momento sin embargo en que le creí á punto de ceder... Por eso no desespero del todo... Una vez solo, habrá

reflexionado y lo que no ha querido concederme á mí, quizás se lo conceda á sí propio.

Levantóse Luisa en aquel momento, y con chispeante mirada interrumpió á Cendrin diciendo:

—¡Cómo! ¡Todavía busca usted excusas á su conducta! ¡No, no tiene ninguna! ¿Qué quiere decir esa singular indulgencia que ahora descubro en usted para con ese hombre?... ¿Trata usted de no aumentar mis penas, no es cierto? Pues bien, es inútil; diga usted con entera franqueza lo que ha acontecido, y si como creo, persiste Condottier en su criminal empeño será un miserable que legitime todos cuantos medios de defensa puedan tomarse contra él.

—No, no es un miserable, replicó dulcemente Cendrin, es un pobre muchacho que desconoce por completo la moral, y que no es del todo responsable de sus infamias. Es uno de tantos productos de nuestra carcomida sociedad, que ha estado educado en un medio ambiente pestífero y entre gente viciosa y sin escrúpulos. ¿Dónde quiere usted pues que haya aprendido lo que es delicadeza ni generosidad? No le entretiene otra cosa sino sus goces y diversiones; lo demás no existe para él. Pero así y todo, todavía podría ser peor de lo que es, pues en aquel corazón gangrenado, subsiste todavía el sentimiento del honor.

—¡El honor! prorrumpió violentamente Luisa. ¡El honor!... ¿Pero Dios mío, se ha vuelto usted loco?

—No; sé bien lo que digo. Subsiste todavía en él una especie de honor, que le prohibe cometer

ciertas cobardes ó bajas acciones, como las de huir un peligro, elaborar una mentira ó faltar á su palabra... Es una rara mezcla de infamia y de grandeza, y tiene la temible audacia, al propio tiempo que la probidad de un jefe de bandidos; así es, que me ha inspirado horror y piedad al propio tiempo... ¡Ay! amiga mía, en la época actual, hay muchos hombres cortados por esa misma tijera: sin el menor escrúpulo y sin temor alguno á los prejuicios del mundo, siempre se hallan dispuestos á todo con tal de obtener cuanto desean... El hombre del cual tratamos en este momento, es quizás más seductor que los demás de su especie...

—¡Y por eso mismo es más peligroso! exclamó Luisa.

—En resumen, ¿podremos temer que vuelva?

—Creo que podemos temerlo.

—Está bien.

No hablaron una palabra más y ambos permanecieron sumergidos en sus dolorosas meditaciones. Las sombras de la noche que se iban extendiendo poco á poco, vinieron á sacarles de aquella especie de somnolencia moral. Los criados entraron luces en el salón y Luisa se levantó de su sitio, dió algunos pasos como para salir del entorpecimiento físico en que se hallaba y dijo deteniéndose ante Cendrin:

—Desde este momento, nadie más que yo debe de tomar parte en este asunto, ni adoptar las resoluciones que sean necesarias. Mil gracias por la ayuda que me ha prestado; usted mismo será testigo, si la ocasión se presenta de los esfuerzos que

he hecho para evitar irremediables desdichas.

—¿Nada puedo hacer ya por usted?

—Nada. Enciérrese usted en sus habitaciones y déjeme al cuidado de todo.

—¿Dirá usted algo á David?

—En último extremo.

La llegada de Cecilia acompañada de la señorita Pellegrin, puso término á su conversación y Cendrin subió á su cuarto mucho más agitado que lo que su proverbial filosofía debiera permitirlo. Durante la comida no se produjo incidente alguno digno de particular mención, como tampoco durante la velada y á las diez entró David en su gabinete, Luisa subió á su cuarto con Cecilia, y Cendrin se hizo acompañar á sus habitaciones por Raoul y Pérignon. Una vez allí, corrió las cortinas, tapando de ese modo por completo las ventanas y manifestó á sus amigos el deseo de que le acompañaran.

—He hecho subir un baraja, y podéis fumar además al calor de la lumbre de la chimenea: acompañadme hasta las doce...

—¿Qué diablos te ha dado? preguntó el coronel.

—Ya os lo diré, si es preciso, dentro de dos horas... Por el momento haced lo que os pido.

—Es muy fácil.

Instaláronse pues cerca de la mesa y comenzaron á jugar sin gran entusiasmo. Adivinaban Raoul y su tío que acontecia algo de anormal en aquella casa, y en vano buscaban en su mente la causa que para ello pudiera existir. A eso de las once y media, oyeron los pasos de David que subia á acostarse. Cendrin dijo entonces:

—Herbelin sube ya á acostarse: tanto mejor.

—¿Por qué? preguntó el coronel.

—Es probable que lo sepas dentro de unos instantes.

A las doce en punto levantóse el sabio de su asiento y dejando solos á sus dos amigos, penetró en el cuarto de dormir. La luna alumbraba en aquel momento el paisaje con su plateado fulgor, y Cendrin vió claramente á Condottier, que como las noches anteriores se hallaba cerca de la estufa. Hubiérase dicho que alentado por el deseo de desafiar las amenazas que se le habían hecho, había adelantado el joven la hora de su nocturna ronda.

El profesor dejó escapar un suspiro y aguardó unos instantes para dar lugar á que aquel loco se ausentase, pero viendo que éste continuaba inmóvil, abrió la puerta del salón llamando á sus dos amigos y haciéndoles después señas con la mano para que mirasen en dirección á la estufa.

—¿Quién es ese hombre? exclamó Pérignon.

—Silencio, dijo Cendrin.

En aquel mismo instante, Raoul que se había aproximado á su vez, dijo:

—No, no me equivoco, es Condottier...

—¡El marqués! rugió Pérignon.

—Baja la voz, replicó el profesor... vas á despertar á todo el mundo... Sí, es el marqués de Condottier...

Tío y sobrino se miraron en silencio. No se aguardaban ciertamente tal sorpresa.

—¿Pero qué demonios espera ahí? preguntó el coronel, ¿Tratará de volver otra vez con...?

—No, respondió Cendrin, no viene á rondar bajo las ventanas de la madre; ahora persigue á la hija.

—¡A Cecilia! exclamó indignado Raoul.

El coronel soltó un redondo taco y dijo haciendo un gesto amenazador.

—¡Ah! Bandido... ¡Es preciso matarle como á un perro rabioso!

—No debemos hacerlo nosotros...

—¿Nada le has dicho á Herbelin?

—Ten un poco de paciencia. Si he querido teneros esta noche á mi lado, es porque quizás tenga nuestro amigo necesidad de nosotros esta noche...

—Bien.

El coronel tomó asiento en un sillón y todos aguardaron en silencio.

Hacía ya cerca de media hora que David había entrado en su cuarto y hallábase sentado cerca de su lecho leyendo un periódico con objeto de retrasar la hora de acostarse, pues desde hacía algunos meses veía con frecuencia interrumpido su sueño por crueles insomnios, cuando llamó su atención el leve girar de una puerta. En el mismo instante, oyó llamar á la suya al propio tiempo que la voz apagada de su mujer, que decía:

—David, soy yo.

Abrió Herbelin y la figura de Luisa se dibujó entre las sombras del pasillo. Estaba sumamente pálida y casi falta de aliento á pesar de no haber tenido que dar más que unos pasos desde su estancia á la de su marido; en sus ojos se podía leer la angustia que su pecho experimentaba, y sus ma-

nos se agitaban á impulsos de un temblor convulsivo. Vióla David adelantarse hacia él, y preguntóse lleno de natural inquietud cuál podia ser el motivo que conducía allí y á aquella hora, á la mujer de la cual vivía por completo separado.

—¿Qué sucede? preguntó. ¿Acaso mi hija?...

Luisa volvió la cabeza y dijo con acento de profunda pena, articulando cada una de sus palabras.

—David... un hombre... allí...

Y señalaba con su mano la ventana.

—¡Un hombre!... repitió David... ¿Y quien es ese hombre?

Luisa le dirigió una mirada llena de indecible angustia, y balbuceó, entre desgarradores sollozos:

—Ese hombre... es el mismo que...

No pudo terminar tan terrible confesión. Sus piernas se doblaron bajo el peso de su cuerpo y cayendo de rodillas sobre el sillón y apoyando en el respaldo de éste su cabeza, prorrumpió en amarguísimo llanto. Parecióle á David que su corazón se transformaba de repente en duro hielo: quiso hablar y su ahogada voz sólo produjo un ronco sonido en su garganta, permaneciendo después inmóvil ante aquella aterrorizada mujer cuyo desesperado aspecto le emocionaba en alto grado sin llegar á comprender la causa. Hizo por fin un poderoso esfuerzo de voluntad y pudo pronunciar las siguientes palabras:

—¿Es el mismo cuyo nombre traté un día de averiguar?

—Si.

—¿Y ha vuelto?

—Si.

—¿Hace mucho tiempo?

—Una semana...

—Viene por usted, dijo Herbelin con amargura.

Luisa movió la cabeza, y á impulsos de aquel movimiento las lágrimas rociaron sus mejillas cual menuda lluvia de brillantes. Hirguióse de nuevo y fijando su mirada en David contestó con firme entonación:

—¡No!

Los ojos de David se abrieron desmesuradamente, adelantóse hacia Luisa y repitió con voz terrible:

—¿No?

Y como Luisa callara cada vez más horrorizada por lo terrible de la situación, interrogóla de nuevo:

—¿Pues entonces, por quién viene?

—Por nuestra hija, contestó Luisa con intrepidez, prescindiendo ya de todo género de vacilaciones.

Fué tan salvaje el grito de horror que brotó de los labios de aquel hombre y tal el furioso aspecto de su fisonomía, que Luisa sintió conmoverse todo su ser. Lo mismo que se apercibe la luz de un relámpago en medio de desencadenada tempestad, así vió Luisa en aquel momento la diferencia que existía entre el amor de esposo y la ternura paternal. David se lanzó hacia ella, la asió de un brazo con extraordinaria fuerza y llevándola casi hasta el centro de la estancia, exclamó:

—¿Quién es? ¿Cómo se llama el infame?

—¡El marqués de Condottier!

—¡Miserable! ¿Y ha sido usted quien le ha atraido hasta aquí, y á usted á quien debo este nuevo y terrible dolor?

—¡Yo! exclamó Luisa indignada ante aquel ultraje. Hace ya una semana que no abandono un instante á Cecilia, y cuatro noches que velo á la puerta de su cuarto...

—¿Supone algo ella de tan abominable intriga?

—No, nada.

—¿Y no conoce á ese... bandido?

—Ha hablado con él una sola vez.

—¿Dónde?

—En el parque...

—¡Ah!... ¡se habia atrevido!... ¡Después de la madre!...

Luisa apoyó la frente entre sús manos, y aniquilada por tanta desesperación y tanta vergüenza arrojó un prolongado y sordo sollozo.

—¿Y quién prueba, prosiguió David, que no haya adivinado mi hija todos esos horrores?

—Yo, que vivo aún. Sinó me hubiese convertido en fiel guardián de mi hija, puede usted estar cierto, que no me hubiera atrevido á presentarme á usted.

Ante este grito, salido verdaderamente del fondo del alma, se reflejó en el rostro de David una fugitiva satisfacción. Miró á Luisa con menos severidad y dijo:

—Está bien; la creo. Ha sido usted madre vigilante y ya es algo. Después de todo, hubiera usted podido prevenir á ese hombre en vez de ponerle entre mis manos, y esto me dá la suficiente seguridad en usted...

—¡Ah! ¡Dios mio! exclamó Luisa, he hecho cuanto posible ha sido por alejarle, y el mismo Cendrin ha ido hoy mismo á visitarle con ese objeto... Pero, ya ve usted que todo ha sido en vano.

—¡No hay por lo tanto que vacilar! dijo David, él lo ha querido...

Luisa hizo entonces un ademán de espanto y preguntó:

—¡Qué si voy á matarle!... ¡Sí, le mataré, exclamó David con acento de reconcentrada ira. Pero eso, es poco todavía; quisiera arrancarle el corazón en cambio de todo el mal que me ha hecho!

Abrió la puerta y dirigiéndose hacia el pasillo, arrojó por la ventana una rápida mirada y murmuró:

—¡Todavia esta ahí!

Después, preguntó volviéndose hacia Luisa:

—¿Qué camino acostumbra á traer?

—Por las praderas y el puentecillo del Lirón...

David inclinó la cabeza y anduvo con precavido paso hasta la puerta del aposento de su hija.

—Ahora no se mueva usted de aquí, dijo á Luisa. El resto me concierne.

Dirigióse en seguida al cuarto de Cendrin y al verle tan pálido, se inmutaron los tres amigos. Trató Pérignon de dar un paso hacia él, pero David le contuve con un ademán, diciendo al propio tiempo con imperativo tono:

—No perdamos el tiempo en inútiles palabras: mi mujer acaba de ponerme al corriente de todo... Vais á bajar los tres, obligando con vuestra presencia á que se aleje ese hombre y cuando vuelva

á tomar el camino del parque, seguidle á cierta distancia sin perderle de vista...

—¿Pero, y tú? preguntó Pérignon.

—Yo, voy á adelantarme con objeto de cortarle el paso. No quiero que se me vaya de entre las manos.

Ninguno de los tres amigos puso la menor objeción; sabían que aquel amantísimo padre obraba así, en virtud de un sagrado derecho, y que, por muy terrible que fuese el acto que meditaba impulsábale á ello la más legítima de las defensas. Al salir y al lado de la puerta del cuarto de Cecilia, vieron á Luisa, que blanca é inmóvil, velaba en pie cual invencible guarda, el sueño y la inocencia de su hija. Dirigióse hacia ella Herbelin, la dijo algunas palabras, sin duda para hacerla una última recomendación y desapareció. Los tres amigos bajaron por la escalerilla de servicio y sin pronunciar una palabra emprendieron su marcha á través del parque, divisando al poco tiempo una forma vaga que se alejaba, no con precipitados pasos, sino pausadamente, por el contrario, y como desafiando á sus perseguidores.

Comenzó, pues, la batida de aquella presa humana que ya de antemano sabían habría de verse detenida en su camino, al propio tiempo que el pensamiento de los tres personajes se hallaba preocupado con los peligros que pudiera correr David. ¿Cómo va á atacar á su enemigo? se decían, ¿Qué lazo le habrá tendido? Y no obstante el ignorar, como era lógico, el desenlace que se preparaba, no dudaban, sin embargo, de que acabaría de

un modo fatal y trágico. Siguieron los estanques, y en aquella espaciosa planicie alumbrada por el resplandor de la luna vieron al que perseguían continuar con tranquilo paso su camino como para probarles que no tenía miedo de ellos. Aquella seguridad, aquella temeraria decisión, les impresionaba por igual, haciéndoles presumir una furiosa resistencia. Al comparar á ambos adversarios, inhábil para los ejercicios corporales y ya de alguna edad el uno, y el otro joven y temible tirador á las armas, no podían menos de temblar por la suerte de su amigo.

Desembocaron por fin en las praderas y llegaron á unos veinte metros del río: desde allí pudieron contemplar el puentecillo, y un poco más allá, el molino cuya rueda tornaba sin cesar en la balsa produciendo un sordo y acompasado ruido. Un hombre, en cuya silueta reconocieron á David, se mantenía inmóvil á la entrada del puente. También le vió aquel á quien perseguían, y sin la menor vacilación ni alterar tampoco el paso, dirigióse resueltamente hacia él. Cuando no mediaron más que algunos metros de distancia entre ambos, dijo David levantando el brazo y con clara y potente voz:

—¡Alto ahí!

—¿Quién es usted? preguntó Condottier con impaciente acento.

—Soy un hombre á quien usted ha ultrajado, replicó David.

—Jamás he rechazado á nadie la reparación de una ofensa: pídamela usted por medio de padrinos

y se la otorgaré, pero no se ponga en medio de mi camino.

—¡Usted es quien se ha puesto en medio de este mismo camino que á nadie más que á mí pertenece!... Y ha venido usted... como un ladrón, que quiere aprovecharse de la obscuridad de la noche, dijo David con acento tal que hizo temblar á Condottier no obstante su bravura. Ahora, vea usted como sale de él...

—¿Trata usted de asesinarme? preguntó insolentemente el marqués.

—Si asi fuese, no hubiera conducido aquí á esos señores, dijo Herbelin mostrando á sus amigos que se habían detenido á cierta distancia.

Daniel saludó á Cendrin y á los dos Pérignon y dijo sonriendo:

—¡Vamos se trata tan solo de un duelo!... precisamente tengo en mi bolsillo un magnífico revólver.

—Y yo, no tengo arma ninguna, dijo tranquilamente David.

—Pues entonces, no comprendo...

—Va usted á comprender en seguida. Para volver á su casa, tiene usted necesariamente que pasar por este puente, en el que no hay sitio más que para una sola persona. Debajo de él, veinte pies de agua y la rueda del molino... Después de comprometer el honor de seres, que me son tan caros, creo que tengo derecho á desembarazarme de usted como mejor se me antoje... y sin causar el menor escándalo. No puede por lo tanto haber duelo entre nosotros, y como á entrambos nos anima el más

mortal de los odios, y que usted quiere pasar y yo no se lo permito, de aquí que siendo igual el peligro para uno y otro y nuestras fuerzas iguales también, poco más ó menos, sea asimismo inevitable la muerte para aquel que sucumba... Con que, señor marqués, pruebe usted que no es valiente tan solo cuando tiene la seguridad de herir mortalmente á su adversario... Para volver á su casa, tendrá forzosamente que pasar por encima de mi cuerpo... Vaya, pruebe usted á hacerlo!

—¡Está usted loco! dijo Condottier haciendo un movimiento de hombros.

—¡Y usted es el hombre más cobarde de la tierra! exclamó con furia David.

A estas palabras que fustigaron á Condottier como hubieran podido hacerlo con un látigo, exhaló un grito de rabia y se arrojó con ímpetu sobre Herbelin; éste que se hallaba á la entrada del puentecillo, arqueó el cuerpo y recibió el choque con firmeza, empujando á su vez al marqués. Aquellos dos hombres enlazaron sus cuerpos con furor y durante algunos momentos, formaban tan confuso grupo, que á los aterrados espectadores de tan horrorosa escena no les fué posible distinguir cual de los dos dominaba sobre el otro. Por fin en uno de aquellos continuados choques durante los cuales corrían el inminente peligro de sumergirse en la profunda balsa, cayeron ambos sobre las tablas del puente, luchando siempre, en medio de furiosos rugidos.

Pero en aquel instante, logró David ponerse encima de su adversario apoyando una rodilla sobre su pecho y apretándole fuertemente la garganta.

El rostro de Herbelin, iluminado entonces por la luna expresaba la más feroz alegría.

—¡Suelte usted!... ¡Me ahoga!... dijo con voz estentórea Condottier.

David imprimió por el contrario con mayor fuerza sus dedos en el cuello del marqués y éste, haciendo un supremo y desesperado esfuerzo, logró incorporarse y después de rechazar con violencia á Herbelin púsose lejos del alcance de su brazo á la vez que registraba sus bolsillos del cual sacó un revólver que apuntó hacia el sitio donde su adversario se hallaba.

—¡Plaza! gritó todavía con voz anhelante. ¡Plaza ó es usted hombre muerto!

—¡Hiere, miserable, hiere! respondió Herbelin.

Una especie de relámpago cruzó entre el sitio que ambos ocupaban. El joven había en efecto disparado su arma al propio tiempo que se adelantaba hacia Herbelin; éste tuvo que apoyarse en la barandilla para no caer, á tiempo que merced al impulso de avance que el marqués había dado, encontróse éste nuevamente al lado de su adversario. Un segundo más y Condottier hubiera franqueado el puentecillo, pero hirguióse de repente David y cogiendo á su enemigo por la cintura suspendióle con prodigiosa fuerza en el espacio. Su acción fué más rápida que el pensamienso: dejóse oir uu ahogado grito y el marqués desapareció entre la espuma de las aguas.

Pérignon se plantó de un salto cerca de Herbelin, le cogió, le llevó hasta la pradera, en tanto que ante sus aterrados ojos, la rueda del molino que

giraba siempre, le mostró por tres veces entre sus paletas el mutilado y ensangrentado cuerpo de Condottier. Después, nada; la fuerza misma de la corriente debió llevarse aquellos tristes restos.

—¡Pronto! gritó Pérignon á su sobrino, humedece este pañuelo en el agua; David está herido...

Herbelin apoyado en Pérignon parecía respirar trabajosamente.

—¿Dónde tienes la herida? preguntó el coronel.

—Aquí, dijo David, llevando á la cabeza su mano, que retiró toda ensangrentada.

—Déjame ver, dijo Cendrin, humedeciéndole con suma delicadeza la frente y las sienes... La herida se halla encima de la oreja... ¿Sufres mucho?

—¡No!... pero creo que voy á perder el sentido.

—Llevémosle...

Y cruzando sus brazos los tres amigos bajo el cuerpo de David le condujeron muy despacio al castillo.

Entre tanto, continuaba mostrando el molino su negra silueta á la luz de la luna, y la rueda, vengadora impasible continuaba siempre girando, haciendo que el agua que se desprendía de su pesada armazón, lavase poco á poco, hasta hacerla desaparecer, la sangre que ella misma había derramado en aquella justa ejecución.